

# La leche delicada

Tenía el pelo canoso, pero llevaba un par de trenzas. Sobre su piel solo caían tejidos delicados, suaves. Daba la sensación de que cualquier otro revestimiento pesado podría dañarle la dermis.

La señorita Antwoord daba comienzo a su jornada cuando su cotorra amarilla elaboraba un nuevo canto matinal. Ella entonces, desde su cama, abría el ojo derecho para citar su córnea con la luz del sol, y entonces, respiraba.

Luego se palpaba suavemente la cara para asegurarse de que las patas de gallo seguían ahí. Las comprobaba una a una. Introducía las yemas de los dedos en los surcos y esbozaba una ligera sonrisa. Después, lanzaba sus fuerzas hacia el tronco para incorporarse en la cama. Como cada mañana, su cuerpo solo alcanzaba a formar una ele. Siempre que llegaba a esa postura, se quedaba mirando al mismo punto de la habitación, un diminuto cuadro de naturaleza muerta sin afecto alguno. Tras tres segundos inmersa, rompía la congelación y volvía a lo humano.

Arrastraba carne y huesos hasta el cuarto de baño. Solía dejar la puerta abierta y se sentaba en el orinal. Bajaba sus braguitas blancas a la altura de los tobillos y entonces orinaba.

Después, se limpiaba las manos con la pastilla de jabón.

Se deslizaba por las escaleras hasta llegar a la puerta de la cocina.

Allí, como siempre, le esperaba leyendo el periódico, el señor Antwoord.

De pronto, sonó la alarma del microondas y levantó la mirada hacia la puerta.

Entonces se miraron. Se miraron como pueden mirarse la luna y el sol: distantes, asimétricos, antagónicos.

Él era consciente, ella no tanto.

Entonces él la invitaba a a pasar, como todas las mañanas, y le preparaba el desayuno.

Antes de empezar, puso en marcha el disco recopilatorio de Los Panchos en la minicadena.

La señorita Antwoord bebía del tazón de leche y de vez en cuando se paraba a tararear pedacitos de las canciones.

Al señor, aquello le volvía loco. Sacaba su dentadura a relucir y frotaba su cara con las manos.

De pronto, el tazón quedó hueco.

Un hilillo de aquella leche continuaba su vida por la barbilla de ella. La anciana muñeca seguía impasible. Estaba a punto de precipitarse en la mesa, cuando él consiguió interrumpirlo con una servilleta.

-He pensado que podríamos salir hoy a dar un paseo- dijo él.

-No me apetece- respondió ella.

-Si es por los niños, me ha dicho la vecina que puede quedarse con ellos.

-No me apetece -repitió.

La señorita Antwoord se levantó de la mesa y salió de allí.

El hombre, que permanecía de pie, sacó de su bolsillo el paquete de cigarros y se encendió uno. Aspiró de su nicotina como si le fuese la vida en ello, o quizá sí fuera así.

Luego, se sirvió una copa de whisky y dejó pasar el tiempo hasta que Los Panchos cerraran sus bocas y apagaran sus instrumentos.

Mientras tanto, en una de las habitaciones contiguas, la señorita Antwoord jugaba con sus bebés. En la habitación había siete incubadoras blancas. Dentro de ellas, pequeños seres de plástico duro. La mujer comenzó a cantar una nana y se puso a cambiar los pañales de cada uno: blancos como la leche. Repitió la secuencia seis veces más. Al terminar, se sentó en la silla pegada a la puerta y esperó.

Esperó trece minutos.

Esperó veinticinco más.

Esperó hasta que la luz que entraba por la ventana se marchitase.

Entonces decidió volver a la cocina.

Allí estaba el señor Antwoord, cubriendo nueve baldosas de aquel suelo, ojos cerrados y pulso nulo.

El cigarro consumido entre sus dedos y la copa intacta.

Cualquiera esperaría que ella buscara socorro, pero solo se limitó a arrastrarlo a la habitación de los recién nacidos y colocarle un pañal limpio y seco.